

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXVIII Septiembre-Octubre de 1951 Núm. 315-316

Puntos de vista

Louis Jouvet

*L*OUIS Jouvet ha muerto. El teatro galo pierde a uno de sus animadores más dinámicos, más audaces, más universales y más conocedores de los secretos de entre bambalinas. Era un hombre que llevaba en la sangre el amor por la farsa y que había respirado su atmósfera desde la adolescencia, desde los días aurorales en que representaba en teatruchos de barrio los melodramas sin nombre.

Llena un trozo de historia. Dos guerras, movimientos contradictorios, inquietud, cambios en la sensibilidad de las gentes. Todo eso le sirvió para seguir con mayor ahinco la senda trazada y para llegar al punto en el cual sus audacias y sus innovaciones entroncaban fatalmente con la viva tradición del pasado.

Había nacido en una ciudad del Finisterre. Sus padres lo destinaban a una profesión muy distinta. Llegó a ejercer de farmacéutico. La actividad medicinal duró, sin embargo, muy poco. El tiempo suficiente para convencerse de cómo la vocación a las tablas tiraba de él. Su carrera tuvo un comienzo vivaz. A los veinte años funda el **Théâtre d'Action d'Art**. Más tarde el gran director Copeau lo contrata para su compañía.

En 1923 toma la dirección de la *Comédie des Champs-Élysées*. Es un gran período. Pone en escena **Knock** de Jules Ro-

mains, **Malborough** de Marcel Achard, **Au grand large** de Sutton Vane, **Siegfried** de Giraudoux, **La Machine infernale** de Cocteau.

Su relación con Jean Giraudoux fué muy fecunda. Después de **Siegfried** montó de ese mismo autor **Tessa**, **La Guerre de Troie n'aura pas lieu**, **Electre**, **Ondine** y, finalmente, **La folle de Chaillot**. Gracias a Jouvet nació un gran autor. La poesía y el humor delicado y sutil de Giraudoux encontraron en el comediante a un intérprete capaz de poner de relieve las virtudes que yacían potencialmente en unas obras inéditas.

Al hablar de Jouvet es necesario evocar también a Molière. Fué en realidad—como se ha dicho—su «inventor». Quienes lo vieron en **Don Juan** y en **L'Ecole des femmes** no olvidarán la frescura la pimpante sátira, la modernidad, la palpitante humanidad con que el gran comediógrafo volvía a nuestra realidad. Es cierto que su *mise en scène* de **Tartuffe** levantó voces airadas. Fué—es cierto—una revisión total y una ruptura de los convencionalismos. Se alejó del Tartufo glotón y sensual para hacer una criatura retorcida, engarabitada, un hipócrita de alma laberíntica, de voluntades regidas por una cerebración consciente.

Tuvo el honor de ser llamado como profesor del Conservatorio sin pertenecer a la Comedia Francesa y formó en ese período—1935—junto a Baty, Copeau y Dullin el cuarteto más eminente de los directores del teatro europeo.

En 1941 estuvo en Chile. Actuó en el Teatro Municipal y aquí dio **Knock**, **L'Ecole des femmes** y **L'anonce faite á Marie**. Ocupó la tribuna de la Universidad Central y habló a un público de estudiantes y amantes de la escena ansioso de sus experiencias y de la paradoja del comediante.

En suma, una carrera corta, pero llena de avatares, nutrida, inquieta, a la que llevó su extraordinaria cultura, sus dotes de organizador, sus virtudes de animador. Revolucionó la puesta en escena e incorporó a las tablas un concepto integral, desde la maquinaria más complicada hasta los trajes del figurante más modesto. Era minucioso, obstinado. Buscaba los más sutiles efec-

tos. Lo leía todo, lo sabía todo. Todo lo registraba y no olvidaba el detalle ínfimo. Hizo del teatro, además del más depurado espectáculo de arte, una ciencia complicada y un laboratorio.

Y, sin embargo, cuando actuaba todo eso parecía desaparecer. Entonces se veía al actor en toda su humana realidad, como en el primer día de la creación. El instinto se amalgamaba a la razón y al rígido control cerebral.

Fué un actor inolvidable. Y quienes no lo vieron sobre las tablas lo conocían a través de la pantalla y saben de su estricta conciencia profesional. Tenía la máscara de la farsa. Unió la pasión frígida—contenida—al realismo exacerbado o caricaturesco de los grandes comediantes del pasado. Su arte era el alcaloide de las viejas experiencias en la fusión cabal con la nueva sensibilidad. Era él y, al mismo tiempo, un personaje distinto y diverso. Gustaba de los tipos compuestos y deformados, de la sátira y de la ironía. Sus criaturas estaban individualizadas sin que perdieran el rasgo característico puesto por el autor, pero prestándoles su propia acuidad creadora y un mecanismo cristalizado de farsa.

Era brillante, funambulesco y terriblemente razonador. Iba a las cosas por el lado intelectual antes que por la razón. Esta es la causa de que se impusiera en Molière, al que recreó buscando en el humor y en la sátira de sus inolvidables páginas la proyección de los íntimos valores ocultos, de sus esencias eternas. Jouvét sabía que el humorismo está más cerca de la cabeza que del corazón. «La lucidez del comediante—dijo en uno de sus libros—no es otra cosa que la sensibilidad regida por esa lucidez». Seguía así la tesis mantenida por Denis Diderot cuando habla del control de la emoción para que la interpretación logre su auténtico clima.

Paul Guth en una nota muy sagaz y justa ha señalado que el actor que acaba de morir siguió en los días del átomo los pasos de Molière mediante una geometría fulgurante y visionaria.

La palabra geometría es aquí un acierto. Todo lo que era brillante, pero claro, irónico e intelectual, farsesco, feérico, lúcido

y preciso como un álgebra superior del espíritu, tuvo en Louis Jouvet su criatura propicia. Cuando se piensa en el autor de **Tartuffe**, en Giraudoux, en Achard o en Jules Romains se ve cuán cumplidamente supo trazar la ruta de su destino.

Esa fué su grandeza. Y ahí residió el secreto de su vida. Es decir, la justa adecuación de su espíritu y de la obra a la que se entregó con lucidez y con pasión.